

EL SIGLO

IMPRESA: "CALLE 26" DE MAYO, 58

EDICION DE LA TARDE

ADMINISTRADOR: JULIAN ALVAREZ SUBIELA

EL SIGLO

El centenario de un argentino ilustre

En un telegrama de Buenos Aires leemos lo siguiente: «El sábado se celebrará el centenario del general Guido con una procesion cívica y se depositará una corona sobre la tumba del general.»

Aunque en esta república no haya tanto motivo como en la argentina para conmemorar al ilustre veterano a quien el anterior telegrama se refiere, creemos que tratándose de un personaje tan notable como el brigadier general don Tomás Guido no es inoportuno hacer de él mención al cumplirse el centenario de su nacimiento.

Tuvimos ocasión de conocer y tratar personalmente al general Guido y siempre admiramos su ilustración y su inteligencia que hicieron que fuese considerado como uno de los hombres que más genuinamente representaron la causa de la civilización en aquellos tormentosos días de la guerra de la independencia americana. Sabido es que el general Guido desempeñó el cargo de secretario de San Martín, quien la distinguió constantemente con su estimación y aprecio.

Cuando más tarde fueron las provincias argentinas víctimas de la dominación brutal de Rosas, el general Guido se mantuvo obediente al gobierno; pero como ni por su educación ni por sus principios servía para tomar parte activa en aquel régimen de terror, encontró medio de servir los intereses permanentes de su país, representando a la Confederación Argentina cerca del gobierno imperial del Brasil. En ese carácter intervino en la convención de 1838, por la cual el Brasil y la Confederación reconocieron la independencia de la República Oriental del Uruguay.

Bien sabemos que el verdadero fundamento y garantía de esta independencia estaban cimentados en el esfuerzo viril de los hijos de esta tierra: bien sabemos que para los orientales su independencia no data de 1838, sino de 1825, de la solemne declaración formulada y votada por la Asamblea reunida en la Florida. Pero así mismo no puede desconocerse la trascendental importancia que tuvo para este país la Convención de 1828, puesto que en virtud de ella se retiraron las armas de las dos naciones vecinas y fue reconocido este Estado como independiente por los demás pueblos.

Al conmemorar el centenario del general Guido debemos añadir también en honor de la verdad que siempre le oímos expresarse respecto de este país en términos que revelaban su simpatía hacia el mismo y su constante anhelo porque alcanzase la prosperidad de que por las nobles calidades de sus hijos es merecedor.

Inundados

Apelamos a la generosidad pública en beneficio de la siguiente obra humanitaria, promovida por nuestro estimable colega *La Epoca* y con la cual simpatizamos vivamente.

Lista de suscripción popular para socorrer a las víctimas de las inundaciones del Río Yaguarón y Río Negro:

<i>El Siglo</i>	\$	20 00
Aguilera Ferriolo	"	10 00
M. G. Fournade	"	1 00
Julio Mailhos	"	10 00
J. P. Pouyenne	"	4 66
Leon Strauss	"	5 00
Etchebest Hermanos	"	10 00
Jacobo Etchebest y Munyo	"	10 00
Juan Munyo y Ca.	"	10 00
Teófilo Díaz	"	10 00

(Se reciben donativos en esta imprenta).

Los funerales en las Indias

LAS TORRES DEL SILENCIO Y LA INCINERACION DE LOS CADÁVERES

Con este título Alberto Tissandier ha publicado en *La Nature* el interesante capítulo de sus impresiones de viaje que traducido va en seguida:

Las Indias poseen actualmente 250 millones de habitantes, muy divididos entre ellos por las ideas religiosas. Una parte es musulmana, la otra es de religión indiana.

Además de esas dos grandes religiones populares en el país, hay todavía otras que tienen también gran influencia.

En Bombay, por ejemplo, la religión de los pársis es muy acreditada. Esta religión es una de las más antiguas, y los sacerdotes enseñan todavía a sus adeptos las leyes y preceptos de Zoroastro. Son los adoradores del fuego.

Tienen hoy las mismas ideas filosóficas que sus antepasados de la antigua Persia.

Esta clase de los pársis es una de las más inteligentes de la India; tienen el espíritu comercial en el más alto grado, y son muy liberales en sus maneras.

Sus ideas no se parecen en nada a las de los indios y de los musulmanes de aquel país.

Admiten, mas que todos los otros, el poder de los ingleses en las Indias.

Los pársis tienen un barrio especial en la ciudad de Bombay y es uno de los más ricos y elegantes.

Está situado a orillas del mar, alrededor de la montaña de Malabar el *Malabar-hill*.

Cada una de las villas está adornada con jardines y terrazas, y esos lugares son tan bellos con las grandiosas vistas del mar, que los europeos se apresuran a instalarse cerca de los pársis, compitiendo a quien instala una morada más magistral.

Los pársis no entierran sus muertos y no quieren tampoco quemarlos. Su religión les impone que deben sencillamente esconderlos a la intemperie, las aves del cielo y el tiempo se encargará de destruir los últimos vestigios.

Los antiguos persas se contentaban con esconder los muertos en la cumbre de las montañas, los pársis han creado los *Torres del silencio*. Sobre el monte Malabar se ven cinco de diferentes dimensiones. Son construcciones de forma cilíndrica; la principal entre ellas tiene 100 metros de diámetro. Exteriormente, no se ve sino un gran muro desnudo y blanco; pero interiormente, es un vasto anfiteatro compuesto de tres pisos distintos. El anfiteatro superior contiene compartimientos que convergen todos hacia el centro de la torre; reciben los cuerpos de los hombres y están en forma de sarcófago.

El segundo círculo, situado debajo, contiene los sarcófagos de las mujeres, el tercero y el último, recibe los cuerpos de los niños. Todos estos compartimientos están al aire libre, enlucidos con mármol y cimentados con cuidado.

Van allí solo para depositar los cadáveres, que son en el acto despojados de su mortaja, por que los preceptos dicen: «Desnudos hemos venido a la tierra, desnudos debemos dejarla.»

Los buitres que vienen en multitud a la hora exacta de los entierros, se precipitan sobre el muerto y no bien pasan dos horas cuando todo lo han devorado.

Los sepulcros, están divididos en dos clases distintas, los *Nassasors* y los *Khamdis* están encargados solamente de las ceremonias y solo ellos pueden entrar en el interior de las torres. Cuando se han sacado las osamentas las arrojan al recinto central cuyas paredes y fondo están igualmente enlucidos de mármol. Este recinto tiene 50 metros de diámetro.

Los últimos restos de todos esos esqueletos no tardan mucho en descomponerse completamente bajo la acción de la lluvia y del sol, y se deshacen en polvo. La igualdad ante la muerte es un hecho cumplido; el rico ó el pobre, el grande ó el humilde, están todos irrevocablemente mezclados para la eternidad.

En el fondo de este recinto central, se han establecido conductos subterráneos; forman una especie de canal que conduce a cuatro pozos cuyo suelo está cubierto por una espesa capa de arena.

Antes de caer al fondo de los pozos, las aguas del cielo, cargadas con el polvo de los huesos pasan por los filtros provistos de pedazos de carbon y greda que son renovadas de tiempo en tiempo. Son así purificadas antes de perderse en las profundidades de la tierra. Los pársis ejecutan así las leyes de Zoroastro: *La tierra, que es la madre de todos nosotros, no debe ser ensuciada.*

Los indios están lejos de prestar a sus muertos estas mismas atenciones.

Como se sabe, antiguamente, se contentaban con arrojarlos al mar, a los ríos, pero desde la ocupación inglesa no sucede lo mismo, salvo algunas raras excepciones.

Los indios están ahora obligados a quemarlas. En Bombay, en Calcuta y otras ciudades existen lugares especiales para esta ceremonia. Han sido construidos por el gobierno.

El establecimiento levantado en Calcuta es uno de los más completos; se le llama el *Burning-Ghal*. Este monumento se compone de una vasta galería al aire libre, adornada con elegantes arcos que dan sobre el *Hoogly*, uno de los brazos del *Salto del Jogue*. La vista es admirable y no daría al pensable sino ideas más bien risueñas y agradables, si no se tuviera bajo los ojos el lúgubre espectáculo de cadáveres ardiendo lentamente, apenas ocultos bajo un montón de ramas secas. Algunos hombres están encargados de atizar al fuego y vigilar la combustión.

Los cadáveres colocados simplemente en el suelo quedan reducidos a cenizas casi al cabo de cuatro horas, después arrojados con los restos de la hoguera en el mismo río. Los amigos y parientes del muerto lo llevan en una camilla hasta la puerta del *Burning-Ghal*. Después de la declaración necesaria hecha en el despacho de entrada, se retiran todos y la ceremonia ha terminado.

Como se ve, los curiosos pueden asistir, sin embargo, a esas siniestras operaciones de las más primitivas. En las Indias francesas, los muertos son igualmente quemados; pero en Pondichery, por ejemplo, no son abandonados por sus parientes ó amigos como en Calcuta y existen todavía reales ceremonias.

En Benarés, la ciudad santa por excelencia, de los indios, la incineración se hace también al aire libre y en público como en Pondichery. Se realiza en las orillas del mismo Ganges, en varios parajes de la ciudad. El sitio más frecuentado para las incineraciones está situado en el centro, es el *Manmenki*; está en medio de pequeños temblores indios, admirables por su arquitectura y próximo a uno de los mercados más concurridos.

Un día un cadáver había sido dejado a orillas del río mientras que otros indios llevaban sobre sus hombros el cuerpo de una mujer. Fue tendida sobre una larga plancha cubierta con una tela colorada y algunas flores se depositaron sobre su pecho.

Los indios encargados de la incineración se apoderaron del cuerpo para aproximar al río, de manera que fuese completamente cubierto por el movimiento de las pequeñas ondas que se producen en las orillas. Cuando la muerte ha recibido así, en las aguas del Ganges, un último bautismo, debe ir, según las creencias indias, con mas seguridad al paraíso. Entretanto se preparaba la hoguera que debía reducirla en cenizas.

El público pasa constantemente cerca de los cadáveres expuestos a sus ojos, los mismos juegan alrededor de las hogueras y las mujeres los miran sin emoción. Sin embargo, la humareda de las hogueras sube al aire con un olor nauseabundo de carne asada. Este espectáculo debía impresionar a la multitud, pero no sucede así. No se puede ver sin asombro la indiferencia absoluta pintada en todos los rostros.

ALBERTO TISSANDIER.

COMPANIA NACIONAL DE CREDITO Y OBRAS PUBLICAS

Por acuerdo del Sindicato concesionario de esta Compañía, se avisa al público que desde hoy a las horas acostumbradas de oficina (10 a. m. a 4 p. m.) comenzará la entrega de los títulos provisionales de las acciones.

Montevideo, 21 de Agosto de 1888.

2186-st.7

AVISO

Los resguardos de solicitudes presentadas a la suscripción de 10,000 acciones que no hayan sido canceladas por las acciones correspondientes antes del día 31 del corriente mes, se considerarán caducados y sin ningún valor.

Montevideo, Agosto 30 de 1888.

2372

HECHOS Y HUMORES

Empresa—Procedente de Buenos Aires llegó hoy don Francisco Olivieri, a quien le trae el propósito de entablar negociaciones para establecer una granja-modelo, en terrenos que posee en Dolores (San Salvador), y un hotel balneario.

Tiene los planos referentes a ambos proyectos.

Habla Su Excelencia—(Telegrama): MÁXIMO TAJES, Presidente de la República a Jefe Político de Rocha.

Montevideo, Agosto 25 de 1888.

Tengo el placer de saludarlo en el glorioso aniversario de nuestra Independencia, a la vez que formular los más ardientes votos por el engrandecimiento del país. Hemos adelantado mucho en la organización de la República desde la fecha memorable que hoy solemnizamos, pero necesitamos perseverar en la obra patriótica para exhibirnos ante las naciones como un Estado en pleno vigor, desarrollando y utilizando las riquezas que atesora nuestro suelo é incorporando al movimiento nacional las nobles iniciativas de la civilización moderna.

Dominado mi espíritu por las gratas expansiones que despierta este día, encuentro en ellas y en la situación próspera que atraviesa nuestra patria, el robustecimiento de mi fórmula gubernativa—el trabajo fecundo es la base de la felicidad pública.

Lo saluda.

Los pasos de Martín García—Buenos Aires, 30.—Un miembro del personal de nuestro diario ha tenido ocasión de hablar con la comisión del departamento señor Pirovano, y de los ingenieros Barrabino, Dominico y Andreu, que fué a Montevideo a practicar los estudios preliminares de los pasos de Martín García.

La comisión nombrada se dirigió a la Colonia (R. O.) con el objeto de disponer en aquel punto la instalación de una escala de mareas, vigilada y observada por personas inteligentes y de confianza, a fin de hacer comparaciones horarias con la del Riachuelo y la que se establecerá en Martín García.

Las autoridades marítimas de la Colonia recibieron con todas las atenciones posibles a la comisión de ingenieros argentinos, poniendo a su disposición la falta de gala de la capitanía, y ofrecieron el más decidido concurso a la obra proyectada, suministrando a la vez a la comisión datos de interés.

Arreglado allí el procedimiento a seguirse, se trasladaron los comisionados a Martín García, tratando de establecer puntos de referencia en la costa oriental aprovechando los faros de la Colonia, del Farallón, los cerros de San Juan y otras elevaciones.

Tomaron durante el trayecto un gran número de sondeos, aprovechando el poco calado del vapor *Presidente Mitre* para pasar algunos bancos y conocer su estado.

La comisión no ha podido establecer comparaciones con las cartas hidrográficas existentes, por cuanto la gran bajante del río no lo permitió. Este punto queda reservado para los estudios definitivos.

La bajante del río fué tal, que frente a Martín García una parte del Banco Grande estaba en seco.

Hay un hecho indudable, a juicio de la comisión, y es que los aterramientos aumentan sensiblemente y que urge proceder a completar estos estudios de una manera definitiva, venciendo las serias dificultades que ofrecen.

El inspector de obras hidráulicas será encargado de redactar las instrucciones que servirán de base a los estudios en cuestión, cuya duración será larga.

El gobierno ha destinado al efecto, como se sabe, la suma de diez mil pesos.

Esta suma es, a todas luces, insuficiente. Si se trata de hacer algo serio, será invertida en solo las instalaciones.

Nótese que hay que plantear estaciones de mareas, estudiar corrientes, medir la descarga de los ríos superiores y, por ende, levantar el relieve de buena parte del río.

No es obra de un día.

Don Luis Cubas—Ese actor está organizando un espectáculo en el teatro San Martín (Buenos Aires), con el atractivo de que el 10 por ciento del producto se aplicará en beneficio de los inundados de Artigas y Río Negro.

Universidad—Hé aquí el texto de una resolución de que están enterados nuestros lectores: Montevideo, Agosto 28 de 1888.

En presencia de la conducta observada por los estudiantes Travieso y Santa Anna en el incidente de que instruye la comunicación del señor Catedrático de Ejercicios Militares capitán don Juan J. Debali.

En presencia de los términos injuriantes en que están concebidas las peticiones de f. f. y f. En presencia, por último, del desatado cometido posteriormente por los mismos estudiantes, desobedeciendo con reiteración la orden de devolución de los uniformes que les fueron entregados como alumnos de la clase de Ejercicios Militares, expulsados de la Universidad a los mencionados estudiantes por el término de un año; con prohibición de prestar examen libre ó reglamentado durante el mismo tiempo.

Vasquez Acevedo.

Teatro Cíbils—A decir verdad no nos pareció gran cosa la pieza *Trapitos de cristiano*, dada anoche; pero esa misma circunstancia ha redundado en honra de los valientes artistas, pues no obstante la esterilidad de situaciones adecuadas a sus dotes, lograron que el auditorio se mantuviera atento a la representación, sin entusiasmo y sin desagrado.

In medium veritas.

En cambio, pudieron lucir su vis cómica en *Sangre y fuego*, cuya obra reclama una segunda audición.

Bien la orquesta y la mise en scène.

Della Junior.

A propósito de tren-vías—Llevamos a conocimiento del Gerente del tren-vía del Este la queja de algunas personas caracterizadas con motivo de la poca ó ninguna atención de ciertos guardas, de servicio extraordinario en las noches de función en Solís.

Tratan descomedidamente a los pasajeros y ni aun con ruegos se logra que cierran las puertas a su debido tiempo para evitar las corrientes de aire tan molestas y peligrosas y sobre todo a la salida del teatro.

Creemos que bastará una simple observación del señor Gerente de la referida Empresa para que no se repitan las faltas que denunciábamos.

Historia de un crimen.—No hace aun dos meses que don José Cosentini, mercachife ambulante, se presentaba en una casa introductora de alhajas de esta capital, acompañado de su hijo Carlos Cosentini, de su futuro yerno Francisco Lamar, y de un peon napolitano de apellido Baruchchi.

Cosentini (padre), hizo surtido de alhajas en dicha casa introductora, y se lo entregó a su hijo (que apenas cuenta veinte años), para que tratara de revenderlo en una excursion que debia hacer por los departamentos del Este de la Republica. Y para que su hijo, novicio en el negocio de mercachife, no sufriera algun percance desagradable, le dió dos compañeros: Francisco Lamar, que en breve debia casarse con su hija, y el tal Baruchchi, hombre que le merecia entera confianza.

Al partir los muchachos, Cosentini le encomendó a Baruchchi que velara por ellos.

—No tenga cuidado, patron, contestó éste—van conmigo.

Hicieron su viaje los mercachifes, satisfechos de su negocio; despues de algun tiempo, proyectaron regresar a Montevideo. Traian consigo un resto de factura, bastante valioso y \$720.12 en monedas de oro.

Hacia tiempo que Baruchchi les inspiraba, por su extrana conducta, desconfianza y temor. No obedecía, sin réplicas, se mostraba adusto, taciturno y daba tétrico. Los muchachos no se atrevian a despedirlo, porque le tenían miedo.

Un día le vieron descargarse una escopeta de dos tiros que llevaba para defensa de la mercancía ambulante, y volverla a cargar cuidadosamente con balas.

Por intuición providencial a Carlos Cosentini se le ocurrió que eso ocultaba algo, y sin que Baruchchi lo notara, volvió a quitar las balas de la escopeta.

El 26 del corriente tomo la noche a los mercachifes, en el campo, apartados de toda población cerca de Migueles. Decidieron acampar al aire libre y despues de encender un buen fuego, Cosentini y Lamar se acostaron uno junto al otro, envueltos en sus ponchos.

Sería la madrugada cuando Cosentini despertó al ruido de una detonación. Al incorporarse, vió a Lamar con la cabeza deshecha y a Baruchchi frente a él, apuntándole con la escopeta. El tiro partió, pero fué a dar en la cintura de Lamar, porque Cosentini lo supo esquivar con un rápido movimiento. Levantóse en seguida viendo que Baruchchi cargaba el arma de nuevo gritando a la víctima:

—Dispara, que te quiero ultimar.

El herido se puso en pié, tambaleando, mientras que Cosentini detenía al herido, y se arrastró, corriendo sangre, hasta las casas próximas, que distaban cuarenta cuerdas del lugar del suceso.

Mientras tanto Baruchchi huía y Cosentini también. Ambos fueron presos a la mañana siguiente. A Cosentini se le encontró en el bolsillo un revólver cargado, del cual podía haber hecho uso para defender a su compañero.

—Por qué no fuí usted sobre Baruchchi—le preguntaron ayer, al visitarlo en la Cárcel de Canelones—cuando vió que les apuntaba por segunda vez?

—Porque creí muerto a mi compañero y pensé: si mato ahora al peon, van a creer que yo he sido el asesino de los dos. ¿Cómo no había ningún testigo?

Esta prueba de extraordinaria sangre fría de Cosentini podía haber arrojado sombras sobre su inocencia, si no hubiera querido su buena suerte que Lamar prestase declaración ante el Juez de Paz de Migueles, en que relata todo como lo hemos hecho nosotros, y hace notar la amistad estrecha que lo vinculaba a Cosentini, y manifiesta que en su opinión el único móvil de Baruchchi ha sido el robo.

Las heridas de Lamar son dos y han sido producidas por los tacos de la escopeta disparada a boca de jarro.

Una está en la cintura, y forma un enorme boquete, la otra es en el rostro, que ha quedado deshecho. Lamar ha perdido un ojo, tiene la nariz rota, y la mandíbula superior partida.—(La Razon.)

La Oriental.—Llamamos la atención hacia un aviso de la fábrica nacional de conservas alimenticias, establecida en el departamento de Rocha.

Sus productos son variados y se garantiza su excelente calidad.

Metálico.—El *Minerva*, llegado hoy del Uruguay y Buenos Aires con 116 pasajeros, trajo \$272 consignados a Banco Inglés del Río de la Plata y \$400 a Díaz y Taranco.

No llegaron.—Ni el *Provedor* ni el *Villa del Salto*, que debieron salir ayer de Buenos Aires. La causa la de siempre: transferencia de salida, con o sin motivo, sin más ni menos.

Los Sorpresos del divorcio.—He aquí un ligero argumento de esta divertida comedia de Bisson que representará mañana la Compañía Coquelín.

—Riquie Duval es un joven compositor a quien los laureles de Planchette quitan el sueño. No tiene talento alguno, pero es rico; y puede pagarse el lujo de comenzar una partitura que no concluirá jamás, naturalmente.

Es el desgraciado esposo de Diana Bonivard, mujer encantadora, pero importunada para desgracia de la pareja, por una madre escéntrica, caprichosa y voluntaria, antigua bailarina, en eterna querrela con su yerno. Duval se burla de las contradicciones de su suegra, y Mme. Bonivard trata a Duval de roto;—el roto, que no aguenta ya, insulta a su suegra, y en su cólera, levanta la mano sobre ella, pero es su esposa la que interponiéndose entre los dos furiosos, recibe la cachetada. Caso de divorcio.

Las dos mujeres pelearon, y Duval, desembarazado de su suegra, se consuela de haber perdido a Diana, que por otra parte no era con él de una ternura silenciosa, pues la sorprendie-

mos en delito de flirtaje con un joven desocupado, amigo de Duval, fotógrafo de oficio, que la había pretendido antes, pero que se había visto preferido por Riquie, simplemente porque se encontró ausente en el momento en que Mme. Bonivard casó a su hija. Esa amante desolada se llama Champsaupe; emprende un largo viaje porque ama todavía a Diana, y es la dice a Duval, quien no se acuerda mucho más, pues Champsaupe había adorado siempre después, a las mujeres que su amigo había amado antes.

Riquie Duval se casa en segundas nupcias con Gabriela Bourgaueuf, hija de un viujo a quien ha encontrado ameno en los conciertos Colonne. No tiene suegra. Su felicidad es sin nubes. Bourgaueuf, una vez que su hija entra en la potestad del marido, agarró su libertad a dos manos.

Se larga a viajar por el mundo y, en el curso de sus peregrinaciones, encuentra una jóven dama divorciada y a su suegra madre. Se prenda de la dama,—de la jóven, se entiende,—y se casa con ella.

Hace tras días que los si se han cambiado ante el *maître*, pero el matrimonio no se ha consumado realmente. La confesión de este hecho se le hace cuesta arriba, pero por fin larga su secreto.

El disgusto de su yerno es cómico, pero llega recién a los últimos límites cuando se encuentra frente a frente con su nueva suegra, y sobre todo, con su antigua suegra.

Mme. Bourgaueuf es en efecto la misma Mme. Diana Bonivard, esposa divorciada de Enrique Duval. Ya no tenía suegra, cuando tras la caen dos sobre la cabeza!

El pobre Duval no tiene desde ese momento más que una idea fija: hacer anular el matrimonio de su suegro con Diana. El amigo Champsaupe, que acaba de volver, se declara su auxiliar. Al principio no todo sale a medida de sus deseos, pero los obstáculos, a cual más cómicos, concluyen por ser vencidos y de la manera más divertida a la vez que lógica.

Duval apura a su ex-suegra que no se va en su yerno más que un banquero suministrado por el registro civil: él le hace comprender que Champsaupe tiene sesenta mil libras de renta, propiedades en el Brasil con negros que le servirán a las mil maravillas.

La vieja importuna, tanto al pobre Bourgaueuf, que concluye a su vez por levantar la mano sobre ella y de la caer una cachetada, sobre la mejilla de su esposa, que, una vez más, se sustituye a su madre. Duval, libre por fin de toda preocupación, puede gozar tranquilamente de su felicidad, sin suegra!

Teatro Solís.—El *Maitre de forges* atrajo anoche a Solís una numerosa concurrencia, atraída, en gran parte, por el deseno natural de ver como interpretaría *Jane Hading* el difícil papel de Clara, indeleblemente grabado en nuestras memorias primero por la Duse y en seguida por *Sara Bernhardt*, dos insignes e inolvidables artistas.

La señora Hading pertenece, por lo visto, a la misma escuela y esto hace, en sustancia, no hay una gran variación entre su Clara y la de las otras dos artistas precedentes.

Sin embargo cada una de las tres, tiene momentos especiales; sobresale, para nosotros, la Duse en el primer acto y en la escena de echar a la duquesa de su casa; sobresale *Sara Bernhardt* en los dos últimos actos; sobresale *Jane Hading* en la escena de la Cámara nupcial y la que tiene con *Athenais*, cuando ésta viene a desgarrar el corazón de la señorita de *Beaulieu*, o pretexto de pedirle un consejo sobre si debía o no casarse con el duque de Bilgny. En los puntos indicados, cada una de las tres espectables artistas se muestra original e impropia en su manera al público.

A parte de eso, que indicamos porque en arte ciertas comparaciones lejanas son odiosas como se pretende son muy útiles a la par que inevitables. La señora *Jane Hading* ha sido admirada inmensamente y se ha ganado de buenas a primeras las simpatías generales, cautivando todas las voluntades con su talento, haciendo llorar a las damas con su acción apasionada y conmovedora, y extasiando a los caballeros con su bella presencia.

No debe olvidarse además, que estando al programa, la señora Hading creó en el *Gymnase* de París ese simpático rol de Clara de *Beaulieu*, por lo cual sería injusto acusarla de imitar a alguien.

La naturaleza ha sido una madre benigna para la señora Hading y le ha prodigado sus dones físicos y morales, de manera que la egregia artista ejerce una atracción irresistible.

Aplaudida acaloradamente en todo el curso del drama, la señora Hading ha sido llamada al proscenio seis o siete veces al bajarse el telón.

Sus compañeros la han acompañado, en conjunto, muy bien, siendo acreedores a un elogio especial la señora Gilberte, una soberbia *Athenais*,—el señor Duquesne, que ha interpretado con mucha expresión dramática y sin recargar el difícil papel del protagonista,—y Juan Coquelín que supo evitar el escollo de la chavacanería y no dió un *Moulinet* natural, vulgar, pero no grosero.

El conjunto ha satisfecho altamente al escogido auditorio, quien aplaudió muchísimo a los artistas nombrados; el señor Duquesne, que gustó muchísimo, fué llamado a las tablas juntamente con la señora Hading.

El señor Coquelín dijo admirablemente los monólogos *La Vie* y *Barbassou* (si es que está accediendo al pedido que se le hizo por nuestro conducto, lo agradeceremos la cortésia), y fué extremadamente aplaudido.

La función de mañana dará comienzo con una comedia en un acto *L'Anglais et le fou raisonné*, y continua con la comedia en tres actos *Les surprises du divorce*, del mismo autor del *Deputé de Bonhignac* y que en Buenos Aires ha sido repetida más de una vez, lo cual indica que es muy graciosa.

Desgracia casual.—Ayer tarde ocurrió una desgracia casual en la carpintería situada en la calle Santa Teresa núm. 191.

En esos momentos funcionaba una sierra circular y en ella trabajaba José Alvarez, quien se descuidó y la máquina le agarró la mano izquierda tronchándosela completamente.

Fué llevado en grave estado a la botica de don Camilo Ferrúa, calle Buenos Aires esquina Iruzuñigo, y de allí al Hospital de Caridad.

Una cox.—En la calle Cuareim y Orillas del Plata ocurrió ayer una desgracia casual. Transita por el citado punto una carretilla guiada por Bernardino Cebelli, cuando se cayó una de las mulas volteando a su conductor.

Al levantarse la mula se vino encima de Cebelli, aplicándole una cox en la frente, que lo dejó en estado grave.

Fué llevado a la botica Italiana donde lo curó el doctor Diego Perez, pasando despues al Hospital.

Una fiesta.—Mañana es el día señalado para la fiesta que dará el Dr. García Lagos, en su casa habitación.

Se ha encargado una mesa de 200 cubiertos a la Confitería del Telégrafo.

Regreso.—Mañana regresará al Salto el oficial 1.º de la Jefatura de ese Departamento don Joaquín Ramos.

Las carreras de Setiembre.—La Comisión de recargos ha establecido los pesos para las carreras de Setiembre en la siguiente forma:

Premio, «Velocidad» 1,000 metros.
Brillat y Lid, 63 kilos—Luz y Golondrina, 60 kilos—Tartarin, 59 kilos—Broncos, 58 kilos.
Siete Pelos, 55 kilos—Ouida, Bayoneta y don Carlos, 52 kilos—Fortuna y Raul, 50 kilos.

Premio Felo—1,750 metros.
Lid, Júpiter e Intendente, 63 kilos—Noblessa, 56 kilos—Sarandi, 54 kilos y Vándalo 52 kilos.
Premio Urúste—Vuelta y media.
Camarieta y Adios, 55 kilos—los demás poltrillos, 52 kilos.

Premio Perseus—1500 metros.
Frison y Júpiter, 63 kilos—Tartarin y Tribuna, 59 kilos, Juez 53 kilos, Siete Pelos e Ignoto 55 kilos, Cacique, 51 kilos, Liniers y Mascote 43 kilos.

Premio Resistencia.—3500 metros.
Lid y Felo 63 kilos, Frison 56 kilos, Sarandi 54, Parous 48 kilos.

Los propietarios de caballos tienen de plazo para apalar de los pesos establecidos por la comisión hasta el día 3 de Setiembre a las 4 p. m. El sorteo de los potrillos de Urúste tendrá lugar el domingo 2 de Setiembre a las 4 p. m. en el Hipódromo de Maroñas.

Justicia.—Por orden del Juez L. Correccional ha recobrado su libertad el prevenido Alejandro Camino.

Juicio público.—El 7 del entrante se verá en juicio público la causa de Mauricio Pintos, acusado de homicidio.

Juzgado de Comercio.—Don Luis Pintos ha solicitado matrícula de comerciante y rúbrica de libros.

—El señor Herrera Cruzet, título de corredor y rematador.

Juicio de imprenta.—Esta tarde se efectuará en el local de la Penitenciaría el juicio de imprenta en la causa entablada por Ricardo Mirra y otros a el diario *A Patria*.

Presupuesto municipal.—La Tesorería de la Junta E. Administrativa pagará mañana los presupuestos correspondientes al mes que termina, restándole aun en caja buena suma para responder a las necesidades del entrante.

Un ejemplo más de buena administración que ojalá se hiciera general.

Diganlo sino los dependientes del Poder Ejecutivo, impagos hasta desde el mes de Junio.

En la Escuela de Artes y Oficios.—Ayer hubo lunch y música en ese establecimiento con motivo, según nos informan, de una visita al mismo del coronel Pamplon, especialmente invitado.

El Gobierno.—Fare llegó hoy el Presidente de la Republica al despacho de la casa de Gobierno donde ya se encontraban todos sus ministros de Estado.

Inmediatamente despues mandó llamar al de Hacienda señor Marquez para acordar sobre asuntos de ese ramo.

Nombramientos.—El Gobierno ha aprobado los siguientes:

Inspector de iilas de Soriano a don Angel Alvarez.

Comisario de la 3.ª sección de Rivera a don Marcos Arisaga.

Comisario de la policía volante de Artigas, al capitán don Eulogio Marin.

Comisario de la 6.ª sección de Tacuarembó a don Alfredo Navarro.

Vigilante 1.º de la Villa de San Fructuoso a don Pedro Manchí.

Comisario de la 6.ª sección de Minas al teniente don Lorenzo Maristiani y a la 7.ª al teniente 1.º Florencio Quinteros.

Comisario de la 8.ª sección de Durazno, al capitán don Ambrosio Ialas.

Oficial 2.º de la Jefatura Política de Treinta y Tres, a don Simón Imisco.

Comisario de la 5.ª sección de Flores, a don Celestino Nuñez.

Comisario de la 2.ª sección de Flores, al capitán don Balbino Sosa.

Movimiento de pasajeros.—Llegados hoy por el *Minerva*:

Jenenes, Antonio Galon y suena, Alfonso Sarriari, De Payandá; Juan Handon, Alfredo Ling, Pedro Echeverri, Pedro Quino, Agustín Cortés, De Fray-Bentos; José Garol, Juan Martoniche, Seferino Luce, Beggino Gaye, Eugenio Guiz, Jaime Nadal, María Nadal.

De Buenos Aires: María Prat, Alfredo Ponchón, José M. Carballe, Pascual Arana, José Podestá, Luis Podestá, Alfonso Negri, Antonio Vazquez, Antonio Buano, Ovidio Sandoz, Antonio Chanchica, Alberto Castella, Ricardo Castells, Alejandro Amine, Francisco Alamei, Vicente Pandi, Rafael Pansal, Alfonso Venso, José Gral. César Repetto, Ricardo Ensol, M. Stain, Flor Caldrá, Luis Rodino, José Carboso, Luis Carboso, Juan Esteban, Pedro Perez, Manuel Gumbach, María Gumbach, Luis Capide, Félix Jani, Leon Lamat, Santiago Delad, Alfonso Benibe, María Benibe, Luis Benibe, Hércules Diago, Antonio Berghi, Benito Lopez, Luis Conilo, Manuel Marit, Antonio Marit, Alfonso Ferrito, Bruno Campulo, Alejandro Ponzo, María Ponzo, Lima Grinlati, Juana Grinlati, Ana Grinlati, Juana Grinlati, Mateo Paggie, Francisca Barrio, Luisa Varina, Francisco Capera, Carlos Sanchez, Luisa Sanchez, Hermán García, Lorena García.

De Montevideo: Juan Repetto, Lorenzo Sopa, Carlos Jabaline, Juan Bamandi, Eduardo Galli, Luis Galli, Angel Frati, A. Frati, A. Frati, Manuel Ganto, A. Polancini, Angel Frandi, Enrique Beanchi, Julio Julio, A. M. Frandi, Pedro Arango, Pedro Castro, Diego Marconi, Rosendo Nacetti, Jara Nacetti, Juan Roqui, Manuel Coma, Emilia Lanja, Lanja, José Palma, señora Palma, Julia Palma, Rosa Palma, Rosa Palma, Luis Cabarary, Manuel Caira, Joaquín Requena, José Majá, Luis Botenillo, Carlos Erquina, E. Ferrer, Luisa García, Mercedes García.

De Valparaíso: 30.—El once del corriente reventó la represa del cerro Florida que contenía 64,000 metros de agua.

Las avalanchas inundaron media ciudad, arrasando las casas, arrastrando hombres, vehículos, árboles y todo lo que se encontraba en el pasaje.

Las víctimas ascienden a 200.

Las pérdidas son incalculables.—1500 hombres extraños los cadáveres.

Santiago (Chile) 30.—Del 1.º al 11 del corriente hubo continuamente lluvias torrenciales, los ríos se desbordaron y los cerros se derrumbaron. El tráfico quedó interrumpido durante varios días.

—El Congreso votó 300 mil pesos para los inundados y 200 mil para las víctimas.

Buenos Aires, 31.—Oro, al contado, 147.80; para fin de Setiembre, 145.50.

Para la liquidación se ha fijado 147.50.

—Acciones Banco Nacional 270.

—Certificados, contado, 208.

—No sale ningún vapor.

Valparaíso, 30.—Aniceto Arce ha sido proclamado Presidente de Bolivia. Embarcóse el 22 para Bolivia.

Nueva-York, 27.—Un despacho especial de Londres le dice al *Herald* que la era despartida por el viaje de Cripei a Alemania, ha seguido un sentimiento general de desprecio, según dan a conocer los diarios de París y Londres.

Un diario de París dice: «Cripei ha recibido instrucciones verbales de su amo y ha partido del Friedrichshafen».

Despreciamos su impertinencia como hicimos con su provocación directa y seguiremos preparándonos para la guerra que Bismarck tendrá que declarar contra nosotros porque solo una guerra fóliz pondría a Alemania en condiciones de poder perpetuar el estado de cosas creado por la derrota francesa de 1871. La unidad alemana es una monstruosidad que ha dividido la Europa que rehusó someterse a la zangarinaria gloria de Napoleon y se inclinó para siempre bajo la férula de Alemania, arruinando con sus armamentos porque Guillermo y Bismarck creyeron formar un imperio alemán en beneficio de la monarquía prusiana, pero Francia no declarará la guerra. La opinión pública se unánime en este punto».

Al *Herald* le comunican sus correspondientes que parece evidente que nada se hizo en Friedrichshafen para destruir el tratado entre Alemania y Austria a Italia, pero que es probable que el Czar se haya manifestado esta vez inclinado a cultivar relaciones amistosas con Alemania que harían a Bismarck sentirse con mayor libertad de acción que antes, para tratar con las demás potencias. Las opiniones emitidas por la prensa oficial de Berlín y Viena son tranquilizadoras. Aun en caso de que Cripei deseara crear complicaciones, bien poco perjuicio podría causar a Francia.

MOVIMIENTO DIARIO

Diligencias

Sucursal de Correos Terrestres, calle Uruguá, esquina Araper.

Para Saucos, Maldonado, San Carlos, Rocha, salen todos los días impares.

Para Minas, los días pares.

Agencia calle Uruguá, núm. 29.

Correos terrestres

Para las Piedras, Canelones, Santa Lucía, Florida, Durazno y Trinidad; todos los días a las 7 a. m.

Para San José, Nueva Helvecia, La Paz (C. P.), Rosario y Colonia; todos los días a las 4.30 p. m.

Para Pando y Saucos; todos los días a las 6 a. m.

Para Maldonado, San Carlos Rocha; los días impares a las a. m.

Para Minas; los días pares a las 2.30 p. m.

LIBRERIA NACIONAL

A. BARREIRO Y RAMOS

Castell.—Viticultura y Enología españolas, 1 t., rústica, \$2.40.

Ladrey.—El arte de hacer el vino, 1 t., rústica, 1.30.

Arago.—Tratado teórico-práctico sobre la fabricación, mejoramiento y conservación de los vinos españoles, 1 t., pasta, 2.50. Tratado completo sobre la fabricación, destilación y rectificación de alcoholes y aguardientes, etc., etc., 1 tomo, pasta, 3.00.—Tratado completo del cultivo de la uva, 1 t., pasta, 3.00.

Bustamante.—Arte de hacer los vinos, 1 tomo, rústica, 0.90.

Las plantas industriales.—Tratado completo del cultivo y aprovechamiento de las plantas textiles, oleaginosas, hortalizas y otras que son objeto de la industria, 0.90.

Piezas para alquilar

Se alquilan tres como para estudio de acogido ó escritorio con balcones a la calle, Cámaras 53; en la misma casa dará razón.

1078-5.



SOCIEDAD GENERAL DE CRÉDITO

DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Autorizada por el P. E. e inscrita en el Registro de Comercio

CAPITAL AUTORIZADO Y SUSCRITO

\$7,500,000 oro

MONTEVIDEO—ZABALA, 133

OPERACIONES

Toma letras de cambio por cualquier cantidad a la vista y plazos, sobre las plazas de la República Argentina, Brasil, Portugal, España, Italia, Suiza, Francia, Bélgica, Al emana, Inglaterra y Estados Unidos.

Gira letras sobre las mismas plazas.

Espide órdenes telegráficas sobre ellas.

Rece cartas de crédito, de la Asociación de Bancos de América, Anticipa fondos sobre conocimientos de efectos embarcados en bodega de seguro encomienda.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

Rece depósitos de dinero en cuenta corriente a la vista y a plazos fijos, a interés convencional.

MISTRESS WOOD

LAS

HIJAS DE LORD OAKBURN

(NOVELA ESCRITA EN INGLÉS Y TRADUCIDA POR ***)

El fiscal entró en el hotel, tomó un *grog* caliente y se dirigió al gran salón que servía para reuniones, con objeto de recibir el juramento a los miembros que habían de formar el Tribunal. Después declaró abierto el sumario: a pesar de la lluvia, se dirigieron todos a la calle de Palacio para visitar el cadáver. La multitud les seguía ávida de emociones.

Después de la formalidad de examinar el cadáver, tomó conocimiento el fiscal del juicio verbal de las primeras indagaciones e interrogatorios. Pidió e inspeccionó el baul, la almohadilla y la ropa blanca de la difunta.

Llegado el momento de comenzar la instrucción, se presentó la primera dificultad. ¿Cuál era el nombre de pila de aquella señora? Nadie lo sabía. La ropa tenía por marca una gran G, inicial del apellido Crave. Podía ser también la de su nombre de pila, Carolina, Carlota, por ejemplo.

Se revolviéron los bauls, sin hallar ni un papel que señalara los antecedentes de la señora, ni por qué había venido a Wenneck-Sud.

M. Fitch, la dueña del *Leon Rojo*, dijo que había venido con el ómnibus del viernes anterior, y que por ella había sido recomendada a la casa de la calle de Palacio. Monsieur Stephen refirió como había sido llamado aquella misma tarde, el nacimiento del niño, el buen estado de salud de la madre hasta el lunes a las siete de la tarde, en que la vio por última vez. MM. John Grey y Broctlyn, de Wenneck-Sud, que habían asistido al exámen del cadáver, señalaron que la causa de la muerte había sido el envenenamiento por ácido prúsico, entrando en todos los detalles técnicos, que es inútil reproducir.

El fiscal hizo la pregunta de si se debía proceder al interrogatorio de Mr. Stephen Grey, quien insistió para que se le oyera. Después de deliberar, el fiscal quiso que se admitiera su declaración, haciéndole observar que pusiera cuidado en lo que iba a decir, pues podría muy bien su declaración volverse contra él. Mr. Stephen se sonrió y replicó que no creía que lo que iba a decir sirviera de argumento en contra suya. Indicó de que modo había preparado el calmante y con qué ingredientes; su hijo Federico certificó que había visto trabajar a su padre describiendo minuciosamente lo que había puesto en la bebida; como se había entregado al criado Dick, que la había llevado por sí mismo. Dick, que prestó declaración después, respondió con animación y firmeza, aunque algo intimidado por la presencia del juez, que había entregado el frasco intacto en manos de la asistente.

—Llamad a la asistente Peperfly, dijo el fiscal.

Mistress Peperfly entró en la sala del Jurado. Parecía convulsa, y esto no porque los licores hicieran su efecto, pues no había bebido en toda la mañana, sino porque le imponía la solemnidad del acto. Se había compuesto lo mejor que pudo; sayá corta negra (el peor color contra manchas y polvo), pañuelo encarnado, sombrero negro, con un lazo encima. El viento lo había descompuesto todo, sin respetar las canas de la pobre mujer; estaba hecha un adofesio. Su traje corto permitía ver sus gruesos zapatos y las medias blancas llenas de barro. Todos se echaron a reír al ver su catadura, y su declaración les divirtió en extremo, sobre todo por los títulos que daba al fiscal y a los jurados.

—¿Usted se llama Peperfly? —preguntó el juez.

—Milord, ese es mi nombre; é hizo una gran reverencia.

—¿Recibió usted algún medicamento el lunes al anochecer para la señora que usted cuidaba, Mme. Crave?

—Sí, Milord, lo recibí. Era una bebida calmante.

—¿Qué hora podría ser?

—Era ya anochecido y estaba cenando.

—¿Podría usted precisar la hora?

—Serían, me parece, más de las ocho, excelentísimo señor; empezaba a tener mucha hambre cuando bajo, y mi hora de cenar son las ocho. Concluía cuando llamaron; habíamos comido arenques salados.

—No necesita saber el jurado lo que usted comió: cifíase a hablar de lo que sabe sobre la causa... ¿Quién trajo el medicamento?

—El criado de Mr. Grey. Un insolente, señor, como nunca se ha visto. Levantó la tapa del cesto, y sacando un frasco envuelto en papel, me lo entregó. Quisiera referir, Milord, lo que me dijo.

—Si tiene relación con la causa, hable usted.

—Y cómo, tía Peperfly, no está usted en las viñas del Señor? Al oír este insulto, fui a darle un tirón de orejas, respetable Lord y Corporación; pero echó a correr.

La tía Peperfly, en su cólera, se había vuelto de cara al jurado para acoger sus simpatías. Todos se reían a carcajadas. La buena mujer prosiguió de este modo:

—Se quedó algo lejos, porque sabía que si llegaba a mis manos hubiera llevado su merecido. Luego se paró en medio de la calle, poniendo sus dedos delante de la nariz: no le podía coger, pues soy muy gruesa para poder correr, y esos tunos son como los gatos.

—He dicho a usted que no hable más que del asunto. ¿Qué hizo usted de la medicina?

—La llevé arriba, respetables señores. Mr. Carlton salía de la alcoba de la enferma, y me preguntó qué traía. Contesté que era un calmante que Mr. Stephen enviaba. Entonces tomó el frasco y dijo que oía a aceite de almendras.

—¿Aceite de almendras! ¿Está usted segura de lo que dice?

—Sí, señor. No lo he soñado. Quitó el tapon, aproximó a su nariz la medicina, y dijo: ¿por qué habrá recetado Mr. Stephen aceite de almendras?

—Y usted, añadió el juez, ¿ha olido algo?

—No, Milord y honorable Corporación; nada podía oler en aquellos momentos.

—¿Y por qué? preguntó el fiscal.

—Hubiera querido la Peperfly no contestar a la pregunta.

—Vamos, dijo con seriedad el juez. Aquí está usted para decir toda la verdad. Si el frasco oía tanto, ¿cómo no lo ha notado usted?

—Pues bien... pues bien; acababa de beber un vaso de ginebra,—contestó en voz baja y con bastante confusión. Después de cenar, me dijo mistress Gould: «Un vaso de ginebra para digerir los arenques es indispensable a su salud». Como soy tan débil de estómago, me dejé persuadir y eché un trago.

—Me lo temía,—repuso el juez, mientras que los demás se reían.

—¿Quién recibió el medicamento al llegar, usted, Mistir Carlton o la enferma?

—Yo, excelencias, la puse con los demás frascos en el armario del salón, y...

—¿Había allí otras botellas que podían confundirse con aquella? preguntó el juez.

—No, ninguna. Todas estaban vacías y eran de mayor tamaño que la que trajeron. Allí están todavía.

—¿No ha habido nadie que pudiera coger la botellita, después que la dejó usted allí y antes que llevase usted la medicina a la enferma?

—Nadie había en casa que pudiese tocar a ella. He estado casi todo el tiempo en el cuarto de la sala; además, cuando volví hallé el frasco en el mismo sitio del armario donde yo la había colocado.

—¿Se había ido ya Mr. Carlton?

—Mr. Carlton se marchó poco después de haber recibido yo el frasco. Estuvo poco tiempo, señores.

—Testigo, dijo después de una pausa el juez, voy a hacer a usted una pregunta; piense bien en lo que va a contestar. ¿Se dice que Mr. Carlton dejó recomendado que no se tomase el medicamento: ¿es verdad?

—Declaro ante Dios todopoderoso que Mister Carlton no me habló palabra sobre eso, contestó la asistente con animación. Milord, excelencias, ilustre Corporación, si esto es lo último que debo declarar, sostengo que Mr. Carlton nada me ha indicado sobre no dar la bebida. Ha insistido para saber qué contenía: después vertió unas gotas sobre la palma de la mano; dijo que oía a aceite de almendras: en cuanto a prevenirme que no administrara la medicina a la enferma, es una gran mentira, milord juez. Mister Carlton pretende haber ordenado a la enferma que no la bebiese: declaro bajo juramento que a mí nada me ha indicado, ni la enferma tampoco.

El juez lo dijo algunos momentos de descanso.

—Fue usted quien dió la bebida a Mme. Crave?

—Sí, señor. Lo hice, como era mi deber. Mme. Gould estaba conmigo y llevaba la luz. Puse en un vaso la bebida, y como entonces no tenía ya el olfato perturbado por la ginebra, comprendí que la poción olía fuertemente, cosa que también notó Mme. Gould.

—¿Puso la enferma alguna dificultad en tomarla?

—No. La buena señora tomó sin dificultad lo que yo le di. En el acto de tomarla hizo un gesto como Mr. Carlton y se echó a reír. Asistentita,—me dijo,—esto huele a tarta de cerezas; y lo tragó de un sorbo. Antes de que hubiéramos tenido tiempo de aspirar, ya estaba muerta. ¡Pobre señora! ¡Si yo pudiera coger a los que han puesto el veneno!...

La Peperfly, fuera por virtud de sus simpatías a la enferma o por odio al asesino, levantó los brazos al cielo, sacudiéndolos con vehemencia. Las cintas de sus chanclos daban vueltas, y las gotas de agua que chorreaba su paraguas salpicaban a los circunstantes.

Uno de los alguaciles le cogió los brazos, diciéndola por lo bajo: «La sala del jurado no se ha hecho para sacudir los paraguas, y si usted no se está quieta me la llevo a la cárcel.»

Notó usted en seguida que había muerto? preguntó el juez.

—En seguida no, milord juez. Me pareció primero que le daba un vahído o que se ponía mala. Al instante le quitó la gorra y levanté su cabeza. No fué largo, continuó sollozando: al momento me apercebi de que había espirado.

—¿No dudaba usted entonces o no sospechaba que pudiese haber veneno en la bebida?

El juez formuló esta pregunta a ruego del jurado.

—¡Yo! replicó Mme. Peperfly asustada. Yo no he hablado de semejante cosa.

—¿Cree usted que el criado del doctor haya podido tocar a la medicina durante el camino?

—No diré que no, milord Mayor,—repuso la testigo.—Quisiera que lo hubiera hecho y poder acusar a ese mono; pero hablo bajo juramento y debo decir la verdad: La botella estaba intacta; nadie parecía haberla tocado.

Quedó por entonces terminado el interrogatorio de la Peperfly, que salió después de hacer profundas cortesías.

El testigo que seguía era Luis Carlton. Su elegancia, sus finos modales, la manera breve de contestar, hicieron singular contraste con la grotesca encana que acababa de tener lugar.

Empezó así, después de decirle el juez que relataste cuanto sabía:

—Al volver de mi viaje el domingo último, me dieron una esquela que habían traído el vier-

nes anterior. Estaba escrita por una señora Crave, que me rogaba la visitase como médico. La fecha era de la calle del Palacio, donde ha muerto. Acudí al llamamiento y supe que había dado a luz, y que Mr. Stephen la asistía por razón de mi ausencia.

—¿Conserva usted esa esquela?—interrumpió el juez.

No la tenía el testigo, y lo más singular era que no sabía lo que había hecho de ella. En el momento de ir a casa de Mme. Crave la había buscado sin hallarla. Creía que la había arrojado a la lumbre con otros papeles.

—Creo haberla quemado. No guardo esas cartas, y a pesar de no estar cierto, no dudo haberlo echado a la lumbre con las demás, después de haberla leído. No he vuelto a encontrarla. Por lo demás, nada había en la esquela que pudiera dar alguna luz en el proceso. Cinco ó seis líneas, en que me rogaba que la viese, y nada más.

—¿Tenía firma entera?

—¿Firma entera?—repitió Carlton como si no comprendiese la pregunta.

—No sabemos el nombre de la señora. ¿Aparecía éste en la esquela, ó bien estaba escrita en tercera persona?

—La esquela estaba en tercera persona. Mme. Crave saluda a Mr. Carlton... Así estaba. Me pareció entender que no debía dar a luz hasta el mes de Mayo.

—¿Qué dijo a V. en aquella primera entrevista? ¿No le hizo a V. indicaciones sobre quién era?

—Ninguna. Ya era tarde, y no quise molestarla con mis preguntas. Me limité a decirle que sentía haber estado ausente, pero de que me alegraba de que la visitase Mr. Stephen Grey. Ella insistió en que yo la asistiese.

—¿Le dijo a V. aquella noche que le había V. sido recomendado por amigos suyos antes de su marcha a Wenneck-Sud?

—Algo me dijo de eso. La primera noche hablaba muy bajo, y yo no percibía bien sus palabras. Tuve intenciones de preguntarle quién me había recomendado a ella, cuando ya estuviera buena; ninguno de mis conocimientos ni amigos lleva el nombre de Crave; al menos, no lo recuerdo.

—¿Se encargó usted de su asistencia desde entonces?

—No: no lo hubiera hecho sin que Mr. Stephen Grey la entregase en mis manos, como se acostumbra en la profesión. Encontré a dicho señor al día siguiente en la calle Alta y le supliqué que continuara hecho cargo de la enferma hasta el siguiente día. Tan ocupado me tenían mis enfermos después de mi corta ausencia, que me era imposible ir con él antes a casa de Mme. Crave. Se convino que la cita sería a las siete de la noche, si yo podía, y en caso contrario, al otro día a las diez.

—¿Acudió usted a la cita de las siete?

—No: no pude ir sino un cuarto de hora después, y Mr. Stephen se había marchado. Mme. Crave parecía bien, pero con un poco de fiebre. Me parecía muy animosa, y le indiqué que desde las diez del siguiente día la tomaría a mi cuidado. Extrañando ella que no lo hiciera en el acto, le expliqué que me había retrasado con mis enfermos. Pregunté si estaba contenta con Mr. Stephen Grey, y me contestó que había estado muy fino con ella, y que no podía menos de estarle agradecida.

—¿Trató usted de investigar entonces quién le había recomendado a ella?

—Sí. Mientras hablábamos llamaron a la puerta, y sentí que había alguien. Pensé por un momento que podría ser Mr. Stephen Grey, y fui a asegurarme; pero era la asistente Peperfly, la cual traía un frasco en la mano, que me dijo ser un calmante.

—¿Notó usted al momento cierto olor especial?

—Sí; en cuanto lo tuve en mis manos, antes de desatparlo, percibí un olor fuerte. Me pareció al principio que era aceite de almendras; pronto me convencí de que debía ser ácido prúsico.

—¿Olia a ácido prúsico?

—Mucho. La asistente me dijo que estaba incapaz de oler ninguna cosa, lo cual creí sin ninguna dificultad. Me preguntaba a mí mismo como Mr. Grey podía poner ácido prúsico en una bebida calmante; pero no quise mezclarme en su modo de cuidar a sus enfermos, y devolví el frasco a la asistente.

—¿Supuso usted que podría haber cantidad suficiente para ocasionar la muerte?

Mr. Carlton miró fijamente al juez, y contestó con desden.

—La pregunta es, al menos, superflua, señor Juez. Si lo hubiese sospechado, pudiese estar convencido su señoría de que me hubiera opuesto a que la bebiese. El ácido prúsico es algunas veces necesario a los enfermos; administrado a dosis pequeñas; yo ignoraba si madama Crave había tenido síntomas que influyeran en Mr. Grey para que lo recetara. Volviendo al asistente de la enferma, momentos antes de mi marcha, percibía todavía aquel olor extraño. Me vino el pensamiento de que podía haberse padecido error en la preparación, como algunas veces sucede, sobre todo cuando hay practicas inexpertas.

El presentimiento me indujo a rogar a Mme. Crave que no tomase la bebida. Yo...

—¿Le dió usted parte de sus dudas sobre la medicina?

El testigo se sonrió por segunda vez.—Perdone usted, señor Juez, dijo: si usted conociese el modo de obrar de un médico con el enfermo, no me haría tales preguntas. Si la comunicara a la enferma, se hubiera asustado, y los sustos son terribles en casos como aquel. Le dije solo que no me gustaba el medicamento que le enviaba Mr. Grey, y que hablaría con él. Expresamente recomendé también que no lo emplease antes que Mr. Stephen Grey o yo se lo hubiésemos permitido.

—No me lo explico. Mis palabras eran formales como podían serlo sin alarmarla.

—¿Avisó usted a la... Peperfly?

—No, porque me pareció que el aviso a Mme. Crave era suficiente. No vi, al marcharme, a Mme. Peperfly.

—¿No la pareció a usted, Mr. Carlton, que mejor hubiera sido guardarse usted el medicamento en el bolsillo?—preguntó uno de los jurados.

—Si supiéramos siempre lo que había de suceder, obraríamos todos de distinta manera,—replicó el testigo, que parecía disgustado de ver que su prudencia se ponía en duda;—cuando sucede una desgracia, se dice: «Si lo hubiese sabido, hubiera hecho esto y lo otro, y se habría evitado.» Pueden estar seguros de que a haber yo sabido que en el frasco había veneno bastante para matar a Mme. Crave, ó que no había de seguir las recomendaciones que le hice, me hubiera llevado el frasco. ¿De qué sirven ahora estos pesares, si no han de devolverle la vida?

—Continúe usted,—dijo el Juez.

—Fui a casa de Mr. Grey. Mi intención era ver a mistir Stephen, hablarle del olor que había encontrado a la medicina y preguntarle si estaba bien hecha. No le encontré. Su ayudante, Mr. Vittaker, me dijo que había salido. No sabía que hacer; al fin me resolví a ir a mi casa, preparar yo mismo un calmante y llevarlo a Mme. Crave. Tardé mas de lo que pensaba, porque me vi en la precisión de visitar en el intervalo a un enfermo.

—¿Opinaba usted también que era necesario un calmante?

—Mr. Stephen Grey lo había juzgado necesario, y entre comprofesores no se discuten las prescripciones de unos y otros. Yo creía que el calmante aliviaria a la enferma, que parecía agitada. Ma marché a su casa con el nuevo medicamento en el bolsillo, cuando tropecé con la dueña del hotel, que, toda asustada, me anunció la muerte de Mme. Crave.

—¿Ha sido usted el primero que con ella vió a la muerta?

—Sí, el primero, pero no antes de la asistentita. No había un minuto que estaba en el cuarto cuando entró el reverendo Mr. Lynett.

—¿Cuál es, según la opinion de usted, la causa de su muerte?

—El ácido prúsico. No hay la menor duda. El olor de la boca lo daba a conocer.

—Mire usted este frasco, Mr. Carlton, continuó el Juez instructor. ¿Se parece al que contenía el veneno?

—Me parece el mismo; el rótulo y letra son los mismos. Huele todavía.

—¿Notó usted dónde puso la testigo Peperfly la botellita cuando usted se la devolvió? Quiero decir, ¿la primera vez que la llevaron a la casa?

—No sé dónde la puso; no me fijé en ello.

—¿Volvió usted a tomar el frasco antes de dejar la casa?

Carlton entonces se volvió de repente y miró al fondo de la sala.

—¿Quién me habla? preguntó.

—Había murmullos en la asistencia hacia ya un rato, y el nombre Carlton se mezclaba con otros, pero nadie convino en haberla dirigido la palabra.

—Perdone usted, señor Juez, dijo Carlton volviéndose y continuando su declaración: pensé que alguien me hablaba, y quien lo haga es culpable, visto el momento y el lugar, y el respeto debido a la sala. Me preguntaba usted si había vuelto a tocar el frasco antes de abandonar la casa y después de haber entregado a mistress Peperfly: no solo no la he tocado, sino que ignoraba dónde lo había puesto.

—Si se continúa perturbando el interrogatorio de parte del público, mandaré desocupar la sala,—dijo el Juez dirigiéndose con la acción y miradas a la parte de aquella de donde salía el murmullo: los que quieran hablar alto, que salgan.

El juez consultó sus notas. Habiendo casi llegado al final del interrogatorio de Carlton, le dijo, mirándole:

—Antes que se retire usted le haré la última pregunta: ¿tiene usted una idea, alguna sospecha, sobre la manera cómo ha podido introducirse el veneno en el medicamento?

Carlton permaneció un momento silencioso. ¿Qué le pasaba? ¿Se preguntaba tal vez si debía mencionar la aparición que había entrevisto en la escalera, una hora antes del fallecimiento, aquella extraña figura que la luna iluminaba? Lo cierto es que la misteriosa imagen no se había borrado de su mente, desde entonces. ¿Debía declararlo, ó se exponría al ridículo confesando un terror pueril?

—¿No me contesta V.? dijo el fiscal en medio del mayor silencio.

Carlton necesitó respirar; sus pensamientos seguían otra dirección.

—No puedo decir que sospecho de nadie, dijo al fin. No me explico cómo ha podido introducirse el veneno en la poción sino en el momento de prepararla, y lo que lo prueba es que oía al llegar a casa de Mme. Crave.

Hubo un nuevo silencio, que rompió el juez.

—Me parece que es todo lo que debía preguntarle a usted, y estoy seguro de ser así intérprete del Jurado, dándole las gracias por la manera clara y sencilla con que ha prestado V. sus declaraciones.

Carlton saludó, y ya se retiraba, cuando el escribano, que tenía delante los legajos, que consultaba de vez en cuando, dijo en voz baja algunas palabras al magistrado.

—Es cierto, le contestó el juez. Un momento, Mr. Carlton. ¿No se encontró V. en la estación del Gran Wenneck, el domingo por la tarde, con una mujer llamada Smith, que llevaba el niño de aquella desgraciada señora?

—Vi una mujer en la sala de espera del camino de hierro, que tenía una criaturita, y probablemente era el niño que había nacido.